



# Mutis y el agua: el largo viaje de Maqroll el Gaviero

Juan Gustavo Cobo Borda

Esta navegación se inició en 1923 y su verdadera partida de bautizo se dio cuando Álvaro Mutis Jaramillo vivió, de los dos a los nueve años, en Bruselas, Bélgica. Los grandes transatlánticos que iban de América a Europa tenían el encanto irresistible de la aventura, de una ciudad en mitad del mar con orquesta y pulcros oficiales que, quizás por atender sus tareas y ser galantes con las damas, no tenían la peregrina consigna de entretener a los niños. Con los milagros del mar y los secretos de puentes, camarotes y bodegas, esas máquinas que jadeaban noche y día, podían disfrutar de Odiseas de tres semanas. Pero fue la pérdida de este primer paraíso lo que aguzó desde el comienzo las nostalgias de Mutis y la percepción de sus sentidos. Venía de una Europa calvinista, de un colegio jesuita, y se topaba literalmente con el trópico bravío. El bullente mestizaje del puerto de Buenaventura y la delicia tonificante de esos llanos del Tolima donde la tierra sombreaba los cafetales, y el ganado con su mugir y las mieles de la caña hirviendo en los grandes pailones embriagaban con su música.

Segundo paraíso: la Hacienda Coello, en las inmediaciones de un río, con cascadas abruptas y playones dorados. Fue tal el impacto, en sensualidad y júbilo, que la piel se abrió y recibió la profunda caricia de una atmósfera tibia. De chapoleras, tan recias como intuitivas. De ahí que su primer poema, fechado en 1945, haga ya

el censo de esa comarca, su enumeración vertiginosa ante una creciente que todo lo arrasa y confunde:

*Al amanecer crece el río, retumban en el alba  
los enormes troncos que vienen del páramo.  
Sobre el lomo de las pardas aguas bajan  
naranjas maduras, terneros  
con la boca bestialmente abierta, techos pajizos,  
loros que chillan sacudidos bruscamente por  
los remolinos.*

*Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado  
en la baranda de metal rojizo, miro pasar el  
desfile abigarrado. Espero un milagro que  
nunca viene.*

*Tras el agua de repente enriquecida con dones  
fecundísimos se va mi memoria.*

Enumeración, recuerdos, expectativas de algo que no se cumple, perfumes saturando los lugares que ya serán proverbiales para un viajero contumaz. Allí asoman las salas de espera, las sucias estaciones de ferrocarril, los hoteles visitados en la infancia. Allí late ya el corazón de la poesía de Mutis. Pero el hombre que se desempeña atareado como locutor de emisora (Radiodifusora Nacional, Nuevo Mundo), como relacionista público (Compañía Colombiana de Seguros, Esso Colombiana) va segregando, paulatinamente, un otro, un heterónimo, que en su desastrado peregrinaje por el mundo mantiene intactas esas vivencias decisivas.

Se trata de su alter ego, del compañero que vislumbra en lo que soñó y no pudo



ser, en su sueño de no ser gerente cuidador de barcos abandonados en un muelle perdido. Cuando huye a México, en 1956, cuando pasa quince meses en la prisión de Lecumberri, perseguido por la Esso, los dos vertientes de su mundo se conjugan de forma admirable en una celda donde lee a Marcel Proust y ve surgir el fatigado cuerpo de Maqroll el Gaviero. El recuerdo involuntario al cual se refiere Proust se encauza a través de puertos y hospitales, vagones abandonados en un alto de la cordillera y minas donde resuena el grito huérfano de la angustia. Reunirá esas visiones en la revista *Mito* y en su primer libro publicado en México: *Los trabajos perdidos* (1965). Una década de exploración interior y de nostalgia arrolladoras. Solo que Mutis no incurre en la identificación emotiva, sino que en la distancia se sugiere y se perfila. Lo hace a través de otro mediador, León de Greiff, como vimos en “La muerte de Matías Aldecoa”

*Ni cuestor en Queronea,  
ni lector en Bolonia,  
ni coracero en Valmy,  
ni infante en Ayacucho;  
en el Orinoco buceador fallido,  
buscador de metales en el verde Quindío,  
farmaceuta ambulante en el cañón del Chicamocha,  
mago de feria en Honda,  
hinchado y verdinoso cadáver  
en las presurosas aguas del Combeima,  
girando en los espumosos remolinos  
sin ojos ya y sin labios,  
exudando sus más secretas mieles,  
desnudo, mutilado, golpeado sordamente  
contra las piedras, descubriendo, de pronto,  
en algún rincón aún vivo  
de su yerto cerebro,  
la verdadera, la esencial materia  
de sus días en el mundo.  
Un mudo adiós a ciertas cosas,  
a ciertas vagas criaturas  
confundidas ya en un último  
relámpago de nostalgia,*

*y, luego, nada,  
un rodar en la corriente  
hasta vararse en las lianas de la desembocadura,  
menos aún que nada,  
ni cuestor en Queronea,  
ni lector en Bolonia,  
ni cosa alguna memorable.*

El mismo escenario primigenio, similar enumeración que arrastra y borra, y la inserción precisa de la geografía y la historia: Honda, Bolívar, Napoleón y el Quindío. De ese núcleo de vertiginosa destrucción van surgiendo los seres característicos: El Húsar, un guerrero napoleónico a quien vence el sopor del trópico. Bolívar, ante el coronel polaco, reconociendo en *El último rostro* el fracaso sórdido de su sueño independentista. Otra vez Europa, otra vez América, tejiendo los hilos fantasmales de su equívoco destino. Otra vez el agua, madre nutricia y viajera de la memoria.

**Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948).**

Poeta, ensayista y crítico literario. Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1993 y correspondiente de la Española. Algunas de sus obras son: en poesía: *Consejos para sobrevivir*, *Salón de té*, *Ofrenda en el altar del bolero*, *Roncando al sol como una foca en las Galápagos*, *El animal que duerme en cada uno*, *Furioso amor* y *La musa inclemente*; en ensayo: *Mito, 1955-1962*, *La alegría de leer*, *La tradición de la pobreza*, *Casa de citas*, *La otra literatura latinoamericana*, *Historia portátil de la poesía colombiana*, *La narrativa colombiana después de García Márquez*, *El coloquio americano*, *Desocupado lector*, *La mirada cómplice*, *Para leer a Álvaro Mutis*, *Para llegar a García Márquez*, *Borges enamorado*, *Lector impenitente*, y *El olvidado arte de leer*, entre otras. El texto aquí publicado, con autorización del autor, hace parte de su libro *Álvaro Mutis, Nicolás Gómez y otros anacronismos*, Bucaramanga, Sic Editorial, 2013, pp. 29-32.